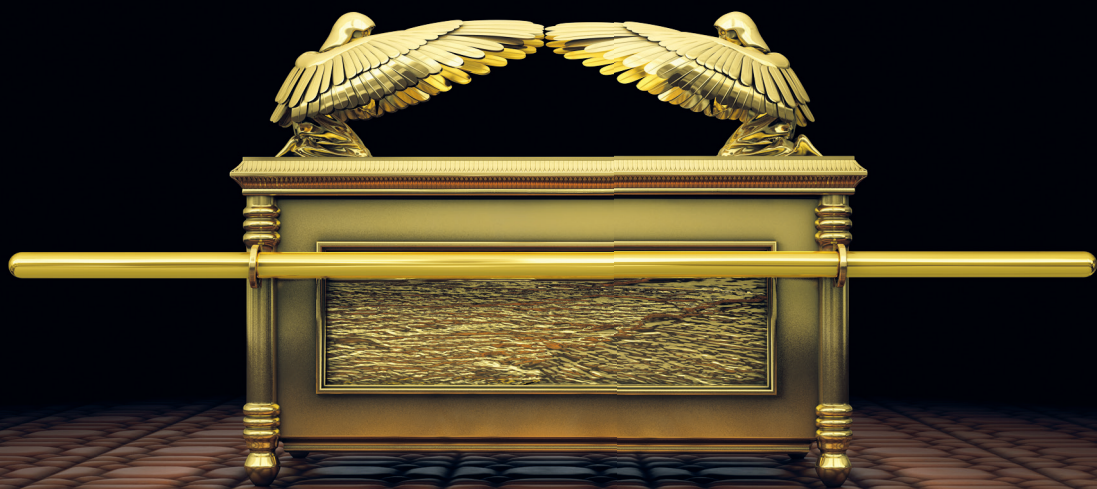


LORENZO FERNÁNDEZ BUENO

# TEMPLARIOS, NAZIS Y OBJETOS SAGRADOS

Las expediciones secretas  
para alcanzar el poder eterno



Luciérnaga

LORENZO FERNÁNDEZ BUENO

TEMPLARIOS, NAZIS  
Y  
OBJETOS SAGRADOS

Las expediciones secretas  
para alcanzar el poder eterno



Ediciones  
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Lorenzo Fernández Bueno, 2015

© de las fotografías del interior: Lorenzo Fernández Bueno, excepto Creative Commons (pp. 75, 218); Thomas Gunn (p. 86); Antony McAulay/Shutterstock (p. 222); revista HERA (pp. 281, 289, 292, 296, 299); fotografía del documental Finding Atlantis?/NG (p. 309); EDICES (pp.323- 324); Borislav (p. 335); mountainpix/Shutterstock (p. 335); Tyet – Janmad (p. 335); Paul Fleet/Shutterstock (p. 335); Walters Art Museum (p. 335); Rama (p. 335); Metropolitan Museum of Art (p. 335); mountainpix/Shutterstock (p. 335).

Primera edición: junio de 2015

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2015  
Ediciones Luciérnaga  
Pedro i Pons, 9-11, 11.ª pta.  
08034 Barcelona  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-15864-60-8  
Depósito legal: B. 7.510-2015

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

# ÍNDICE

<b>La búsqueda</b>	<b>13</b>
<b>Capítulo 1. Simihuinqui, el Bastón de Mando</b>	<b>17</b>
Subiendo al cerro sagrado	18
Una ciudad muy especial	19
Algo más que ovnis en el Uritorco	24
<b>Capítulo 2. El Arca de la Alianza</b>	<b>35</b>
¿Qué es el Arca de la Alianza?	38
Operación «Trompetas de Jericó»	43
Los otros buscadores del Arca	46
Pero ¿dónde está el Arca?	50
<b>Capítulo 3. La Mesa de Salomón</b>	<b>57</b>
Los saqueadores del templo	59
Tras la pista del oro judío	61
Dentro de la catedral	63
¿Qué buscaba el obispo?	65
¿Existió la Mesa de Salomón?	68
<b>Capítulo 4. La Lanza de Longinos</b>	<b>71</b>
Hitler y la Lanza Hofburg	76
Se consuma la maldición	80

<b>Capítulo 5. La Piedra del Destino</b>	<b>83</b>
El periplo de la piedra	85
Ficha técnica: así es la Piedra del Destino	89
<b>Capítulo 6. En busca del Santo Grial (I).</b>	
<b>La esmeralda de Lucifer</b>	<b>91</b>
Los «hombres buenos»	93
La cruzada albigense	95
Año 1243, el concilio de los herejes	102
La tierra de la esmeralda	105
<b>Capítulo 7. En busca del Santo Grial (II).</b>	
<b>La sangre real (o el misterio de Rennes-le-Château)</b>	<b>123</b>
Una historia terrible	126
Tierra de herejes	130
El pilar hueco y los pergaminos escondidos	133
¿Y los manuscritos?	148
En la Ciudad de las Luces	152
Desvelando el enigma	159
Antes de finalizar	166
La iglesia de los códigos	177
La conspiración de los Habsburgo	185
<b>Capítulo 8. En busca del Santo Grial (III).</b>	
<b>La copa de Cristo y el «secreto» templario</b>	<b>199</b>
El tesoro material	202
¿El final del Temple?	206
Ahora sí, la copa	210
Ficha técnica del Santo Grial	220

<b>Capítulo 9. Rosslyn, la capilla de los códigos</b>	<b>221</b>
Vayamos por partes...	223
Manuscritos en el pilar	228
<b>Capítulo 10. Cachemira... y las otras tumbas de Jesús</b>	<b>239</b>
Sarah-i-Resam, el camino de la iniciación	241
El culto a Issa	244
Pero ¿por qué Cachemira?	246
Las otras tumbas de Jesús	249
<b>Capítulo 11. Las calaveras de la muerte</b>	<b>253</b>
El hallazgo en Belice	255
La primera calavera	258
La maldición de las calaveras	263
Calaveras... más calaveras	274
<b>Capítulo 12. En busca del Arca de Noé</b>	<b>279</b>
La hecatombe universal	281
Los «nuevos» datos	287
Análisis de muestras	291
¿Cómo era el Arca de Noé?	298
<b>Capítulo 13. <i>Orichalcum</i>, el metal sagrado de la Atlántida</b>	<b>301</b>
La Atlántida... ¿o no?	303
La Atlántida egipcia	306
La Atlántida en Doñana	307

<b>Capítulo 14. Santa Faz, Sábana Santa... y viceversa</b>	<b>313</b>
Y el Santo Sudario, ¿qué?	317
Estudio textil	321
Estudio hematológico-forense	323
<b>Capítulo 15. El martillo de Wotan y otros objetos más o menos poderosos</b>	<b>329</b>
El ojo de Horus y otros medios para combatir el mal	332
Las piedras guaringas	335
Las cabezas de bronce	337
Espadas que marcaron su tiempo	339
<b>Últimas reflexiones</b>	<b>343</b>
<b>Bibliografía</b>	<b>345</b>

# 1

## SIMIHUINQUI, EL BASTÓN DE MANDO

*El Toki Lítico fue programado desde la antípoda terrestre y confirmado por las escuelas primordiales de Persia, del Himalaya, de los Andes, del triángulo del Cono Sur, del Cercano Oriente y de la Antigua Europa; por eso fue buscado con tanto empeño, desde hace siglos, conjuntamente con el vaso sagrado del Santo Sepulcro.*

PROFESOR GUILLERMO ALFREDO TERRERA,  
UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA (ARGENTINA)

*El símbolo del cambio, el arma mística que ha de empuñar en sus manos aquel que cambiará el destino del hombre es un Bastón de Mando que fue mandado construir por Multán o Vultán, un poderoso cacique de la proto-historia sudamericana y poseedor de todo el saber hermético que guardan los códices y las escuelas primordiales.*

FERNANDO JIMÉNEZ DEL OSO,  
«EN BUSCA DEL MISTERIO»

Hay un lugar que siempre se nos aparece a quienes constantemente recibimos informaciones relacionadas con esas temáticas que no tienen una respuesta muy clara. Bien sea por su vinculación con las desapariciones sin explicación, bien sea por los fenó-



menos luminosos que al parecer surcan sus cielos, bien sea porque allí habitó una de esas etnias cuyo nombre no deja indiferente a nadie –se llamaban «comechingones», qué le vamos a hacer– y que hicieron de este rincón del planeta su rincón sagrado. Bien sea por todo esto o por mucho más, años atrás decidí embarcarme en un viaje al otro lado del mundo. Porque además, los cronistas del siglo xx aseguraban que Hitler, desesperado por mantener un poder que poco a poco se le escapaba de las manos, envió una expedición a estas tierras con la intención de apoderarse del Simihuinqui, el misterioso Toki Lítico que en tiempos anteriores dio poder a aquel que lo custodió.

Es el Bastón de Mando, el objeto sagrado que me hizo emprender un viaje que jamás podré olvidar.

Y fue entonces cuando entendí lo que quería decir mi admirado escritor y filósofo Eric Hoffer cuando aseguraba que «en cada búsqueda apasionada, la búsqueda cuenta más que el objeto perseguido». Sí, entonces lo entendí.

Así empezó todo...

## Subiendo al cerro sagrado

«Está comenzando a llover. Yo que ustedes no subiría a estas horas de la noche.» Las palabras de aquel hombre quedaron atrás, entre las paredes de un viejo establecimiento. La advertencia retumbaba en mi cabeza. Habíamos empezado la ascensión y un viento helador se empeñaba en devolvernos a la cruda realidad, haciendo que por unos instantes la duda de continuar con el propósito de alcanzar el cerro sagrado de la etnia de los comechingones se colase por esas rendijas tras las cuales se oculta el miedo.

No habían transcurrido cinco minutos desde que inicié la marcha y una densa cortina de agua empezó a caer con fuerza.

A un lado la montaña iba ganando altura, porque aquel día, yo –y aquellos inconscientes a los que acompañaba– me encontraba en el corazón de una de las serranías más abruptas y despobladas de Argentina. Al otro, la densa vegetación iluminada por

la luz de dos linternas forjaba imágenes imposibles, siluetas fantasmales propias de la mente atormentada de Dickens en Un cuento de Navidad. El sendero estaba impracticable y el frío no permitía pensar demasiado. Pros o contras, en ese momento de no retorno ya daban igual.

Fue entonces cuando Paco Martínez, un buen tipo al que conocí en esos días y al que desde entonces me une una gran amistad, rompió el silencio: «¿Va bien?», preguntó con la voz quebrada por los inesperados contratiempos.

No, no iba bien. Por eso en aquel instante nadie respondió. Y fue entonces cuando al malestar de un clima violento se unió el recuerdo de los viejos titulares de algunos diarios del país que poco a poco fueron pasando, uno tras otro, por la pantalla de la mente. «Convulsionó a los cordobeses un ovni»; «Estudia la NASA el aterrizaje del ovni en sierras de Córdoba, Argentina»; «En Córdoba esperan todas las noches el regreso de un ovni»; «Buscan a cuatro jóvenes extraviados en el Uritorco...». ¿Qué había ocurrido en aquel lugar por el que ascendíamos a duras penas? La casuística había llenado durante más de una década cientos de páginas en los medios de comunicación nacionales, y nosotros, cuando el reloj alcanzaba la 1.30 de la madrugada, éramos conscientes de que aquel inhóspito enclave invitaba a pocas sonrisas. ¿Qué demonios hacíamos allí? ¿Justifica la pasión por saber más llegar hasta ese límite que no conviene sobrepasar? Es posible que sí.

No me adelantaré...

## Una ciudad muy especial

«A sólo 100 kilómetros de Córdoba capital se encuentra Capilla del Monte, un lugar único en las sierras. Una aldea de montaña que lo espera para brindarle el privilegio de un escenario especial, diferente en cada estación.» Así describían las guías de la Subsecretaría de Turismo el municipio al que viajé en el ya lejano año de 1997. La carretera serpenteaba a través de la accidentada geografía, y yo, nervioso, me apresuraba, dentro de aquella fur-

goneta, a repasar las últimas notas. «¿Vos vas a Capilla? Allí se ven muchas luces –comentaba el conductor–. Yo mismo vi una lágrima de fuego sobre Las Gemelas [montañas que se ven desde la ciudad]. Allí mucha gente ha visto ovnis.»

Tras más de veinte horas de viaje, las palabras de Fernando Jiménez del Oso en su despacho poco antes de partir aún retumbaban en mi cabeza. «En Capilla del Monte ha visto ovnis hasta el alcalde de la localidad.» No tardé en ser consciente de que aquel pequeño pueblo serrano era desde hacía años un punto de referencia para los ufólogos de todo el planeta. Al margen de la belleza de sus parajes, esa que con insistencia remarcaban las guías oficiales, desde el año 1986 los habitantes de la comarca estaban sumergidos en una vorágine en la que todo tenía cabida: escaparates con panfletos que ofrecían remedios *curalotodo*, contactados, figuritas de duendes, de extraterrestres, penetrantes olores que perforaban las fosas nasales y un desconcertante fenómeno ovni que aquí se manifiesta, aparentemente, como en ningún otro lugar.

Y fue precisamente ese año cuando la fiebre fenomenológica se desató. Por aquellas fechas, un suceso absurdo dejó su huella sobre uno de los cerros que circundan la zona.

Jorge Suárez, el principal difusor de esta historia, era entonces secretario de Turismo: «Yo era funcionario del municipio local, y una mañana de verano se presentó en mi despacho un vecino de Capilla del Monte, que le había dicho a otro compañero de gobierno que había ocurrido un hecho sumamente extraño en la zona del Pajarillo. Vino a conversar conmigo, me contó que había una quemazón circular muy grande sobre el terreno y dio el nombre de una familia que casualmente eran conocidos del intendente Diego César. Nos miramos todos y dijimos: “Bueno, ¿y qué hacemos?” Creíamos en aquel momento que nos movió la curiosidad, pero ahora pienso que hubo algo que nos hizo realizar una incursión a primera hora de la tarde. Íbamos con el fotógrafo municipal y otras personas. Llegamos al lugar y bajamos del auto. Cuando levanté la vista y vi eso, fue un momento muy especial. Había llovido, pero había vuelto el sol y la paja que tapiza ese lugar tenía un verde esmeralda. Allí estaba esa *pelota*

*negra*, como si alguien la hubiera abandonado, o como si alguien hubiera aplastado un gigantesco cigarrillo. Recuerdo aún que dije para mí: “¡Ay, Dios mío, qué es esto!”. Nunca hubiera imaginado que estaba a punto de comenzar una historia tan particular».

Jorge Suárez, emocionado, rememoraba aquel instante como si estuviera acaeciendo en el preciso momento en el que lo entrevisté, en las pequeñas dependencias del CIO (Centro de Informes OVNI) que él mismo presidía, y que hacía las veces de centro público y de vivienda. Porque la vida de mi amigo Jorge Suárez ya no volvería a ser igual. Y así anduvo, buscando respuestas hasta que hace un par de años un maldito infarto se lo llevó por delante.

Allí, rodeados de libros, archivos e informes, la conversación seguía su curso. En el exterior, las nubes comenzaban a descargar. «Después se midió –la huella–, comprobándose que no se trataba de un círculo, sino de un ovoide de aproximadamente ciento veinticinco metros por más o menos setenta y cinco. En su interior la vegetación aparecía quemada. Encontramos los insectos con una particularidad, y es que no estaban quemados, sino que aparecían secos, como si hubiesen sido momificados. Los pequeños batracios que también se hallaron, su cuero estaba natural, por lo que se pensó en el fuego, aunque a estas alturas hablar de fuego es utilizar términos inexactos. Después se planteó que una fuente de calor muy intensa quemó todo. Personas como el intendente levantaron la ceniza y era como un polvillo que curiosamente no tiznaba, no manchaba, se desvanecía entre los dedos. Ahí dio comienzo todo un fenómeno que tomó el año 1986, hasta 1988, en que apareció una huella parecida, un poco más pequeña. Los mayores trabajos se hicieron sobre la huella del Pajarillo. Comenzaron a llegar los investigadores y, por una cuestión natural, me mostraban antes de ir a ver la huella otras experiencias anteriores de descenso de naves. Yo los miraba y me reía. Ellos me preguntaban sorprendidos si no creía en los ovnis. La diferencia era obvia; yo les estaba hablando de una huella de más de cien metros. El propio Juanjo Benítez me dijo que era la huella conocida más grande del mundo.»



Gigantesca huella en el cerro del Pajarillo, supuestamente dejada por un ovni.

La difusión que el asunto de la huella alcanzó en los medios de comunicación generó la afluencia masiva de personas. Los testimonios referentes al avistamiento de esferas de luz se multiplicaban jornada tras jornada. Sin embargo, las nuevas sorpresas aún estaban por llegar. Un año y ocho meses más tarde, en agosto de 1987, un devastador incendio asoló toda la comarca. La vegetación interna de la extraña figura geométrica había crecido espectacularmente, varios centímetros por encima del resto. Los animales se negaban a comer el pasto, cuyo brote mostraba la extraña vitalidad que había afectado a esta *isla de maleza*. «Es común que esta zona se queme en invierno –recordad que en el Cono Sur los meses de invierno corresponden a nuestra estación veraniega–. Ardieron cinco kilómetros, un fuego arrasador que no dejó nada más que piedras sobre el terreno, pero al llegar a los bordes de la huella, la rodeó, la marcó como un negativo, y aquella no se vio afectada. No existía explicación científica para tal suceso. Se dijo que fuimos con baldes de agua y arena para prote-

gerla, pero en fin, eso es tragicómico. La acusación de los escépticos es que queríamos promocionar Capilla del Monte. Hay que decir que ese lugar está a quince kilómetros de la ciudad. Si nuestra intención hubiera sido ésa, la habríamos colocado más cerca y en un punto más accesible. Pero da igual; el fenómeno ovni siempre se descalifica con tonterías. Por ejemplo, se dijo que quemamos la superficie con un soplete de acetileno. El análisis que realizamos nosotros obligaba a quemar diez metros cuadrados por minuto, pues la llama de estos aparatos tiene una profundidad de quemada muy pequeña. Esto y el peso de la alimentación de esos sopletes de acetileno, que tienen unos componentes de carburo, hacía que fuera una tarea hartó complicada. Aparte, la geografía del lugar dificulta de por sí una cierta libertad de movimientos».

En el año 1989, un equipo de televisión dirigido por Fernando Jiménez del Oso y Juan José Benítez llegaba al lugar. Sus cámaras captaron las últimas imágenes de la huella del Pajarillo. El célebre escritor navarro aseguró que «cuando el Dr. Jiménez del Oso estaba haciendo una de las intervenciones justamente sobre la falda del Pajarillo, José Nogueira, el ingeniero de sonido, empezó a captar unas interferencias que según él no eran normales. Hicimos después dentro y fuera de la huella unas experiencias con los aparatos. Personalmente, hice tres o cuatro comprobaciones con él, y en efecto siempre se producía el mismo fenómeno. Dentro de esa mancha que todavía amarilleaba, los aparatos de FM que él estaba controlando, repito, dentro de la huella, sufrían una interferencia, una serie de cortes que no ocurren fuera de ella. El equipo tiene una potencia y un alcance de doscientos metros y esto sucedía a dos o tres, lo cual es absolutamente inexplicable desde un punto de vista técnico. Quizá la presencia de esta nave a corta distancia del terreno haya dejado algún tipo de energía desconocida para nosotros o que no hayamos sido capaces de descifrar hasta ahora, que ha quedado impregnada en el suelo, o incluso en el subsuelo. Cuando estábamos hablando de otros temas ajenos al rodaje me llamó la atención en el cielo, prácticamente en la dirección a Capilla del Monte, que en esos momentos estaba completamente despejado y sin Luna, un des-

tello plateado con un movimiento suave, ondulado, pero fue muy rápido, lo justo para que me llamara la atención».

En la actualidad, el centro de Capilla del Monte está ocupado por un amplio bulevar cubierto por una inmensa carpa metálica. Bajo la misma, las tiendas de piedras mágicas, inciensos para la meditación, libros de todo tipo de temas, cartománticos, quiromantes, parapsicólogos y amigos de los alienígenas se entremezclan con sus habitantes. En las cafeterías, las tertulias suben de tono, guiadas por la irracional pasión. Pasión que siempre termina de la misma forma: hablando del cerro Uritorco y de su carácter sagrado.

### Algo más que ovnis en el Uritorco

En 1938, el catedrático de la Universidad de Córdoba Guillermo Alfredo Terrera, junto a dos compañeros, halló una pieza arqueológica que en la actualidad es conocida en todo el mundo como «el Bastón de Mando». El estudio de la etnia del lugar, los comechingones, aborígenes que habitaban la sierra cordobesa, ofreció una serie de pruebas que confirmaban que en las tradiciones de dicha cultura también aparecían esferas sobrevolando su cerro sagrado, el Uritorco, por supuesto en un contexto diferente. No en vano para éstos, los espíritus, o los dioses, los visitaban en forma de *burbujas* luminosas que mostraban un comportamiento inteligente. Sean extraterrestres, dioses o cualquier otra cosa, lo cierto es que dichas manifestaciones en este lugar han estado asociadas a desapariciones inexplicables. Jorge Suárez aseguraba que tiempo atrás «se produjo la desaparición de cuatro chicos venidos de Buenos Aires, hubo una gran búsqueda por parte de la policía y del cuerpo de bomberos de Córdoba, que rastrearon con perros. Siete días después aparecieron de una manera muy extraña, confusa, sorprendente, ya que estaban con muy poca ropa, vistiendo túnicas blancas y descalzos. En ese grupo había una mujer llamada Gabriela Castalsano. Llegó con los pies destrozados, en un estado lamentable que incluso asustó al médico de Capilla. Luego contó que en una de las noches que es-

taba atormentada por la sed, el frío, con fiebre, penetró en una especie de gruta natural. En horas de la madrugada se despertó violentamente y encontró frente a ella, parado, a un ser vestido con un mono ajustado al cuerpo, con botas de media caña, cinturón ancho y cabellos muy largos que caían sobre sus hombros. Le dio un mensaje de orden personal que obviamente no dijo. Lo que certifica la historia de Gabriela Castalsano es que ella fue la única que bajó de la sierra con partes necrosadas en los pies, donde no había circulación de sus arterias principales; estaban negros, quemados por el frío, pinchados con innumerables espinas. Posteriormente, en Buenos Aires, se decidió la amputación de los miembros afectados, y ella pidió a los médicos que le dijeran de cuánto tiempo contaba antes de la operación, pues la idea era cortar medio pie, y le respondieron que cinco días como máximo. Al cabo de este tiempo, cuando regresó para el reconocimiento, los pies habían retomado su aspecto rosado, la piel ennegrecida se había caído, por las arterias necrosadas circulaba nuevamente el flujo sanguíneo, y ahora mismo Gabriela camina sin problema. Los informes clínicos eran contundentes: había que cortar, pero algo pasó».

¿Tienen estos sucesos que ver con el pasado del lugar? ¿Acaso el poder que se atribuía al objeto sagrado por antonomasia de los comechingones era real? ¿Se estaba protegiendo, de una u otra forma, su secreto?

Hablemos, ahora sí, del misterioso Simihuinqui...

Tiempo atrás, el investigador argentino Diego Arandojo publicó en la revista que dirijo este interesante informe, donde se relataba la historia desconocida de dicha pieza que, entre otros, como dije anteriormente, al parecer hizo enfebreecer al mismísimo Adolf Hitler. Decía así:

Corría el año 1939. El joven Guillermo Alfredo tenía diecisiete años, y demostraba su entusiasmo por las historias de la Argentina, narraciones orales que recogía de forma directa. Vivía el fin de la etapa escolar y el inicio de la universitaria. Un lapso personal delicado.



Fue justamente en ese período de decisiones cuando tomó contacto con un humilde maestro llamado Orfelio Ulises Herrera. Éste se percató rápidamente de las capacidades intelectuales –y espirituales– que poseía aquel adolescente cordobés. Lo que comenzó siendo una amistad se tornaría, en pocos años, en una relación maestro-discípulo.

Externamente, Orfelio Ulises Herrera parecía un hombre simple, de aspecto tranquilo, solapado. Sin embargo, en su interior residía un vasto conocimiento adquirido en el pasado, en un sitio codiciado por muchos viajeros y místicos.

¿Y cuál era este lugar? Es importante saber que Terrera no era hombre dado a fantasías; sí apasionado con la historia, fuera ésta ortodoxa o heterodoxa, pero su formación universitaria le hacía huir de despropósitos. Por eso sorprende observar la devoción que se despertó en él hacia Orfelio Ulises Herrera, de quien aseguraba que «a los veintiséis años viaja a Samballah [...] y su permanencia dura ocho años, durante los cuales se prepara en el más profundo conocimiento hermético metafísico. Luego es enviado a la cordillera de los Andes, y en siete años realiza el viaje de México hasta Santiago de Chile para conocer toda la Sabiduría que aún queda de los protoarios ándidos en el espinazo de América [...]. Sólo pueden llegar a Samballah aquellos que son llamados en su interior, y esta participación en la vida espiritual de la ciudad mágica se produce únicamente con los seres cósmicos que ya han sido designados en su nacimiento, o en los años posteriores de su vida, para penetrar en los Templos de la Eterna Sabiduría. Existen fuerzas avátaras que se integran en los elegidos, desde su integración vital, o en su defecto, a una edad que no puede determinarse con exactitud». Pero había más; tenía que haberlo, porque aquel hombre de escasos recursos fue capaz de viajar al otro lado del mundo aparentemente sin medios. Continuaba Terrera asegurando que «nunca jamás en los años que lo conocimos [...] nos explicó por medio de quiénes fue llamado a Samballah, cómo hizo para viajar hasta ese lugar [...]. Orfelio Ulises sólo narraba su viaje a Katmandú, en el montañoso Nepal y cómo de allí, con grandes contratiempos, pudo llegar a Lassa,

la mística capital del Tíbet. Mucho lo ayudó, en su periplo asiático, su físico alto, de color trigueño, cara achatada, cabello oscuro, ojos negros y la túnica blanca que le cubría el cuerpo, y posiblemente su ascendencia pampa, ya que era nieto por línea paterna de un indígena de esta etnia, llamado según parece Panghitruz».

Es en esa supuesta estancia donde oye hablar por vez primera de «la piedra que habla», un objeto de poder que nos remontaría a un tiempo tan antiguo que ya no tenemos memoria del mismo. Y así, tras un periplo enrevesado y cargado de excentricidades, pisó nuevamente Argentina; parece ser que los maestros ascendidos llevaron mentalmente a nuestro protagonista hacia el lugar donde se encontraba el citado bastón. De este modo acabó frente al imponente cerro Uritorco, donde acabaría por encontrar «el Bastón de Mando [...] en las cuevas del Uritorco, en el año 1934. El sitio de su hallazgo le es dado con bastante exactitud por los sacerdotes tibetanos, no sólo de manera personal en la década del veinte, sino años después por comunicaciones astrales o telepáticas que se intercambian en los años próximos anteriores, 1930-1933, al extraordinario encuentro».

No sin esfuerzo, el tenaz Orfelio Ulises Herrera logró desenterrar una pieza extraña. Se trataba del Bastón de Mando, el Toki Lítico de las tradiciones; el Simihuinqui de los comechingones. Y fue entonces cuando el profesor Guillermo Alfredo Terrera entró en escena, tal y como recordaba Diego Arandojo:

Hacia 1948, Guillermo Alfredo Terrera preparaba su tesis para diplomarse como doctor en Derecho y Ciencias Sociales, en la Universidad Nacional de Córdoba. El año anterior, más precisamente el 6 de diciembre de 1947, había contraído matrimonio con Eduviges Villar.

Dentro del ámbito de aquella universidad existía un grupo de docentes agrupados en una sociedad denominada «Escuela Primordial de Ciencia Hermética», dedicada al estudio y conservación de tradiciones metafísicas. Entre ellos se encontraba Orfelio Ulises Herrera.

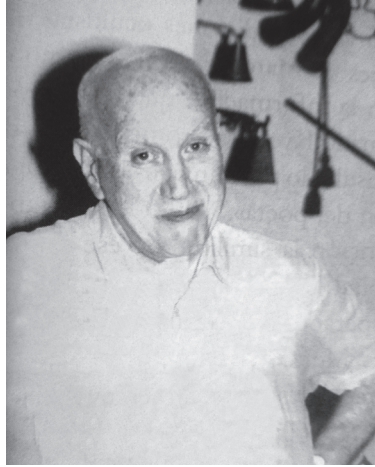
En aquel tiempo, Juan Domingo Perón era el presidente de la República Argentina; aclamado por el pueblo que lo seguía y denostado por los sectores oligárquicos, que veían en él a un demagogo.

El interés del mandatario por lo esotérico residía, según afirma Terrera, en que «había pertenecido a la Escuela Espiritista Basilo y también a los Caballeros Americanos de la Orden del Fuego». Al parecer, Perón estaba al tanto del hallazgo del Bastón de Mando y de la protección que le ofrecía Orfelio Ulises Herrera. «Se encontraba el entonces presidente Juan D. Perón en el auge total de su energía, cuando solicitó a los maestros herméticos que le cedieran el famoso Toki Lítico, a los efectos de ubicarlo junto a una ventana que diera a la Plaza de Mayo, ignorando quizá el sentido metafísico y cósmico de la “piedra que habla”, destinado a otra misión ancestral en el Cono Sur.»

La respuesta del grupo al que pertenecía Orfelio Ulises Herrera fue negativa. Los herméticos de la Universidad Nacional de Córdoba decidieron que la transferencia del Bastón recaería en otra persona. El debate se inició y cada uno de los miembros ofreció el nombre de quién consideraban idóneo. Finalmente, se realizó la elección. El ganador fue aquel sugerido por Orfelio Ulises Herrera: Guillermo Alfredo Terrera.

Y así, tal y como refirió el que habría de ser custodio de este singular objeto de poder, «el 26 de septiembre de ese mismo año de 1948 en una ceremonia del antiguo rito solar, con círculos de manos entrelazadas, formando figuras geométricas con el "ocho" del cosmos infinito y ya bien entrada la noche equinoccial de primavera para el hemisferio sur, alumbrado con la enorme hoguera de leña regional que simboliza al padre Sol de la vida y de la muerte, llevando cada maestro la antorcha encendida de su propia sabiduría luminosa, le fue entregado el Bastón de Mando a su ya preparado y elegido poseedor y portador».

De este modo, y desde aquel día, el profesor universitario pasaría a ser conocido en círculos herméticos como Intichacmani, «aquél que porta o posee el poder del Sol».



El doctor Guillermo Alfredo Terrera, catedrático de la Universidad Estatal de Córdoba, y hasta su muerte «protector» del Simihuinqui.

Ahora intentemos descubrir por qué allí y no en otro lugar. Porque detrás de esta cuestión hay miga; fresca y recién hecha, pero también rancia y reseca.

El gran doctor Fernando Jiménez del Oso, como no podía ser de otra forma, no sólo anduvo antes que nadie por estas lejanas tierras, sino que además fue uno de los pocos privilegiados que logró entablar amistad con el profesor Terrera, y además, tuvo entre sus manos el mítico Simihuinqui. Por eso quiero rescatar del recuerdo el suyo propio, porque es en primera persona, y además nos habla de un tiempo único, irrepetible, como los personajes que lo protagonizaron. Decía así:

Las «casualidades» volvieron a hacer de las suyas, llevándome casi de la mano al barrio de San Isidro, en Buenos Aires, para encontrarme con el profesor Terrera.

En el mundillo esotérico, donde cualquier indocumentado se otorga gratuitamente y sin vergüenza –en eso, al menos, son coherentes– el título de profesor, resulta reconfortante encontrarse con alguien que lo ostenta merecidamente [...]. Sin embargo, no por ello cuanto afirmaba ha de ser aceptado al

pie de la letra, porque afirmaba muchas cosas, y muy dogmáticamente y, en no pocas ocasiones, con evidente gratuidad [...]. Así pues, con el debido respeto a su memoria y alguno menos a sus argumentos, haré una telegráfica síntesis de lo que sostenía respecto a Uritorco y al Bastón de Mando, del que luego hablaré.

Según sus fuentes de información, el planeta tiene zonas en las que «una conjunción de energías cósmicas, solares y telúricas otorgan a esa área geográfica una intensa y especial actividad energética». En Argentina había dos de esos «triángulos de fuerza», uno «mayor» y otro «menor», que se relacionan precisamente con el escenario donde se producen los fenómenos que se comentan en este capítulo. Al parecer, esas «conjunciones de fuerzas» son conocidas en los círculos herméticos desde tiempo inmemorial, y unos supuestos «maestros», auténticos rectores ocultos de la Humanidad, dispusieron que, llegado el momento, el Cono Sur de América juegue un papel decisivo en el cambio que la especie humana ha de experimentar: «el regeneramiento de la Humanidad tendrá como epicentro a Sudamérica, y del vértice triangular de fuerzas saldrá el nuevo hombre que vencerá a la violencia, a la droga, al alcohol y al materialismo».

El símbolo del cambio, el arma mística que ha de empuñar en sus manos aquél que cambiará el destino del hombre, es un Bastón de Mando, el Toki Lítico que, según Terrera, fue mandado construir por Multán o Vultán, un «poderoso cacique de la proto-historia sudamericana y poseedor de todo el saber hermético que guardan los códices y las escuelas primordiales», cuyo nombre, muy parecido a Votán, hace pensar que se trata del mismo misterioso personaje que, según la tradición quiché, anduvo por el sur de México haciendo prodigios [...].

El profesor argentino no tenía ningún rubor en concluir que ese Bastón de Mando, también llamado «Piedra de la Sabiduría», es uno de los más místicos y codiciados objetos del mundo [...]. Entre esos buscadores no podría faltar Hitler, tan vinculado al esoterismo, quien, según otro rumor más, envió a

Argentina una expedición para conseguir el preciado bastón y, con él en la mano, refrendar su imagen de líder predestinado. No lo consiguió, si es que tal rumor tiene algún fundamento, y perdió la guerra, privándonos a los ciudadanos del mundo de los beneficios del Nuevo Orden. Gracias sean dadas por ello.



Fernando Jiménez del Oso con el Simihuinqui, el mítico Bastón de Mando.

A lo largo de este relato, el doctor Jiménez del Oso dejaba patente, con su habitual ironía no exenta de una enorme amabilidad, que no parecía estar demasiado de acuerdo con la historia planteada por Terrera y el enigmático Orfelio Ulises. Es lógico; ante tramas como ésta, las dudas se amontonan en la mollera de cualquier persona razonable. Pero eso no era, es ni ha sido obstáculo para que sean muchos los que lo han buscado, y lo continúan haciendo, confiando en el hecho de que quien posea el Simihuinqui tendrá el poder del mundo. Por eso, Fernando Jiménez del Oso finalizaba su relato asegurando que «ignoro si ese Toki Lítico será empuñado por un nuevo avatar o si sus pretendidos poderes son una fabulación, pero me consta, porque lo he tenido entre las manos, que es una extraordinaria pieza. Está labrado en basalto, perfectamente pulido, y su color negro azulado le da una

apariencia metálica. Mide un metro y diez centímetros de largo y tiene cuatro centímetros de diámetro en su extremo más grueso, para terminar en punta por el otro, de tal modo que resulta equilibrado y esbelto. Según el Instituto de Arqueología de la Universidad Nacional de Córdoba, fue labrado hace ocho mil años, lo que, añadido a su perfecto acabado, no deja de ser sorprendente si se tiene en cuenta el incipiente nivel artístico y técnico de aquella parte de América en esa época.

»Sea como fuere el bastón es real. Fue encontrado en el cerro Uritorco, tiene la respetable edad de ochenta siglos y, según se dice, forma parte de la leyenda del Rey Arturo a través de uno de sus caballeros: sir Perceval, el tonto perfecto».

Pues bien, si alguien cantó como pocos esta leyenda ése fue el trovador bávaro Wolfram von Eschenbach, que entre 1200 y 1220 escribió su célebre *Parsifal*, donde desarrolló la epopeya a lo largo de más de veinte mil versos. Y es importante para la historia que nos ocupa porque en este texto hace alusión a la búsqueda de la «piedra de la sabiduría ancestral», al «Bastón de Mando», al «Bastón Austral», que además se encuentra en una lejana cordillera a la que el protagonista del texto llega a bordo de una «nave sagrada», llevando consigo hacia tierras muy lejanas, incluso, el Santo Grial. Dice así: «... Por el Atlántico Océano realizará un largo viaje hasta las puertas secretas de un silencioso país que Argentum se llama y así siempre será.» La verdad es que nos hace sospechar, porque Argentum y Argentina se parecen mucho, lo que ocurre es que estamos en el siglo XIII, y todavía falta mucho tiempo para que el Nuevo Mundo, al menos de manera oficial, sea descubierto.

Por si esto no fuese suficiente, además las tradiciones más o menos interpretadas de ese pasado hablaban de que ya en tierras del Uritorco, bajo el cerro sagrado, se encontraba una ciudad etérea en la que habitaban seres de todos los colores, donde en tiempos se custodió el Simihuinqui, de donde procedían las luces y los seres extraños que se veían por los alrededores, y adonde iban a parar quienes desaparecían en las faldas y en las alturas del Uritorco.

Ahora bien, ¿qué ocurrió con el Bastón de Mando, que sin duda alguna existió? Al respecto, el ya citado Diego Arandojo afirmaba que su custodio, Guillermo Alfredo Terrera, falleció el 19 de noviembre de 1998:

Tanto en sus seguidores como en aquellos que comenzaron a conocerlo posteriormente surgió el mismo interrogante: ¿qué fue del Bastón de Mando, del Toki Lítico? No existe una sola respuesta, sino varias al respecto.

En principio debemos remitirnos a cómo recibió el Prof. Dr. Terrera el Bastón de Mando: se lo entregó Orfelio Ulises Herrera en 1948, luego de un largo debate dentro del Círculo Hermético que existía en la Universidad Nacional de Córdoba. Esta «transmisión» realizada en una emotiva ceremonia marcó la pauta de lo que debía hacer también el Prof. Dr. Terrera cuando él sintiera que fuera el tiempo adecuado. Pero esto no sucedió. Lamentablemente la muerte impidió que se realizara la sucesión de la Piedra de la Sabiduría a su nuevo poseedor.

Ésta es, a grandes rasgos, la verdad primera, la histórica. Es de relevancia indicar que el Bastón de Mando tiene voz propia. Él «decide» quién será su nuevo poseedor.

Luego encontramos, tanto en Internet como en distintas vías de información, mitos que van desde la supuesta «venta millonaria» del Bastón de Mando a un comprador europeo, el retorno de este Toki Lítico a Samballah gracias al impulso y protección del Dalai Lama, hasta la replicación del mismo en varias copias en posesión de misteriosos personajes latinoamericanos ligados con la política.

Otro interesante mito se refiere a la «fractura» del Bastón de Mando en tres fragmentos durante una ceremonia secreta realizada en Capilla del Monte, que luego fueron reunidos, sin alterar el poder y arcano de esta pieza arqueológica.

Pues eso, que hay que seguir buscando...



He recibido de los Dioses de la Pampa  
su antiguo y cósmico mensaje.  
El Bastón de Piedra, silencioso,  
que en el Uritorco encontrara  
el humilde maestro Orfelio Ulises,  
habla con cinco mil años,  
de una historia, sin tiempo y sin espacio.  
El Símbolo Lítico del Poder y la Gloria  
del Cono Sur Americano,  
irradia su fuerza y mantendrá viva  
la primigenia unidad de la Argentina.

*Argentina y otros poemas, 1985*



Representación de una de las escenas del *Parsifal*, cuyo protagonista partió hacia una misteriosa tierra llamada Argantum en busca de «la piedra que hablaba».